

En lo que faltaba de la noche se trabajó en arreglar todo lo que se necesitaba para el ataque al fuerte y en reunir los soldados del 2º batallón de G. N. del Esta lo, que se hallaba en receso.

Ya amanecía cuando fuí á pedir instrucciones al General Garza sobre la contestación que debía llevar á los sublevados. Me dijo que en su concepto no debía yo de volver á Iturbide, porque allí había una canalla; que tal vez Hernández no podría obligar á respetar su compromiso, y que me podía resultar algún mal.

Le manifesté que mi palabra estaba empeñada, y me parecía indecoroso faltar á ella. A esto me dijo que, pues me hallaba tan resuelto, fuera y dijera á Hernández que no había más capitulación posible, sino que se acogieran á la clemencia del Gobierno, rindiéndose á discreción.

Marché en el acto hacia Iturbide, á donde llegué ya con bastante luz.

Hernández, Salazar, y los demás Oficiales estaban con una ansiedad profunda, y saliendo del fuerte, me rodearon para informarse del resultado de mi comisión y quererme por qué había tardado tanto.

Manifestéles que hasta aquella hora había tenido á bien enviarme el General. Les expliqué las instrucciones que llevaba, y añadí que al separarme de él me había encargado hacerles presente que si no se rendían á discreción, pasaría por las armas á todos los Oficiales. En efecto, estas habían sido las últimas palabras del General Garza.

Noté que se conmovieron, aunque manifestaron mucha entereza y resolución de batirse hasta el último extremo. Hernández me dijo que ¡si eran acaso traidores para que se les fusilara!

Yo les amonesté, que pesaran bien su resolución antes de tomarla, pues me parecía que no podrían resistir.

Entonces me dijo Hernández que iba á conferenciar con los Oficiales. Yo le supliqué que lo hiciera con brevedad.

Por fortuna para mí, la conferencia fué al aire libre y á la orilla del foso, que no quise pasar, como me invitaban, por unas vigas puestas al efecto.

Mi posición en aquellos momentos era en extremo crítica. Larrañaga tenía orden de romper el fuego tan luego como llegase al punto que se le había indicado. Yo sabía esto muy bien, pues yo mismo le había dado la orden. Era, pues, claro que al primer cañonazo que se disparase contra el fuerte, la consecuencia inmediata sería mi muerte. Una combinación de circunstancias había puesto las cosas de aquel modo.

Por ventura Larrañaga había tropezado con algunos malos pasos y se había detenido más tiempo del calculado. Además, aquella mañana, una espesa neblina impedía que los del fuerte pudiesen ver descender á Larrañaga con la artillería de las Lomas de Andonaegui.

Por fin, quiso Dios sacarme de aquella expectativa fatal. Volvió Hernández y me anunció la última resolución de los pronunciados, formulada en los términos siguientes:

- 1º Que se diera á los Jefes y Oficiales pasaporte para pasar al Estado de Veracruz.
- 2º Que la tropa se volviera á incorporar á sus cuerpos, como si nada hubiese ocurrido.
- 3º Que hubiese un completo olvido de lo pasado.
- 4º Que de no aceptar sus proposiciones, estaban decididos á combatir hasta el último extremo, para lo cual contaban con todos los elementos necesarios.

Al separarme de Hernández me acordé de la triste situación en que dejaba al Comandante de Escuadrón D. Domingo L. de Lara, encerrado en una débil casita de madera, expuesto á nuestros proyectiles y á las riesgosas eventualidades de un asalto.

Hablé, pues, á Hernández, suplicándole pusiese libre á Lara, pues de ningún provecho les podía servir su prisión, y lo exponía inútilmente á una muerte cierta.

Hernández me dió su palabra de poner á Lara en libertad, y lo verificó inmediatamente.

Esta acción y la de haber cumplido su compromiso, de considerarme libre desde que salí del fuerte, son sin duda dignas de elogio, y lo hacían acreedor á que se hubiese tenido con él alguna indulgencia.

No tuve necesidad de hacer ningún empeño por el Capitán Rangel, porque hallándose este Oficial con muletas, convaleciendo de una herida, juzgaron inútil tenerlo prisionero, y lo habían puesto libre á la madrugada.

Despedíme de Hernández cordialmente, previendo que sería para siempre.

Como mientras resolviera el General Garza sobre las proposiciones que le llevaba, había tácitamente suspensión de hostilidades, manifesté al Coronel Garza que creía necesario avisar á Larrañaga que no rompiese el fuego como llevaba orden, hasta que no se le ordenase ó viese romperlo en toda la línea.

Pero para llevar esta nueva orden á Larrañaga, era preciso que el Ayudante atravesara la cortadura, por el puente *H*, precisamente bajo los fuegos del fuerte Iturbide.

Se avisó á Hernández de esta necesidad, y permitió el paso al Sub-ayudante D. Manuel Carricarte.

Tuvo que acudirse á este expediente, porque saliendo por la garita de Altamira, no hubiera sido posible alcanzar á Larrañaga antes de que este hubiese roto el fuego.

En esto, ya el sol derramaba sus rayos de fuego sobre las tantas veces gloriosas riberas del caudaloso Pánuco; y los campos enemigos situados á medio tiro de fusil, uno del otro, esperaban solamente una señal para comenzar el combate.

Al llegar á Casa Mata impuse perfectamente al General de las proposiciones del Jefe de los sublevados.

Garza me contestó que aquellas proposiciones eran inadmisibles; y me ordenó que volviese inmediatamente á decir á Hernández que le daba un cuarto de hora para que él y los suyos se rindieran á discrección; que pasado aquel tiempo, mandaría romper las hostilidades, y

que entonces sufrirían las consecuencias de su obstinación.

Como no había tomado en toda la noche un solo momento de reposo y había hecho á pie aquellos largos viajes, estaba completamente rendido. Así se lo manifesté al General, suplicándole que si no había inconveniente, fuera en mi lugar el Comandante Guerrero, que no lo había verificado conmigo por no haberlo encontrado, y además concurrir la circunstancia de hallarse montado.

Convino el General en que fuese mi compañero Guerrero, y envió al mismo tiempo decir á Larrañaga que la señal para que rompiese el fuego sería un cañonazo, disparado desde la altura de Casa Mata.

Me ordenó en seguida que me fuese á aquel fuerte y mandase cargar un cañón, que haría disparar cuando me avisase, y que aguardara allí sus órdenes.

El General montó á caballo y marchó á ponerse á la cabeza de las tropas que operaban sobre Iturbide.

Yo marché á Casa Mata como se me había prevenido.

Pasados veinte minutos, un Ayudante trajo la orden de hacer la señal convenida. Esta se verificó en el momento mismo en que Larrañaga formaba en batería en el Espartal, en el lugar donde se le había ordenado, y á 300 metros del fuerte Iturbide.

Primeramente rompió el fuego el Capitán D. Adolfo Garza, con las tres piezas que tenía á su mando, y en seguida lo efectuó el Teniente Coronel Larrañaga, con cuatro cañones rayados que había llevado.

Como Casa Mata ocupa la parte más alta de la colina en que está edificada la ciudad de Tampico, y yo me hallaba en la batería de arriba, podía distinguir perfectamente lo que pasaba al derredor del fuerte Iturbide, y esperaba por momentos que se realizara lo que le había dicho al General Garza.

En efecto, antes de un cuarto de hora, el enemigo se desbandaba, abandonando el fuerte y dirigiéndose apresuradamente al Paso de Piedra, donde hizo después una insignificante resistencia.

Este resultado se había obtenido con una sencilla combinación de fuegos de artillería.

La columna del General Garza se arrojó sin vacilar sobre el fuerte, á los primeros síntomas de desorden que advirtió en él, y en la persecución que hizo al enemigo hirió y mató algunos. Entre éstos últimos estaban Hernández, Salazar y otros Oficiales y Sargentos.

Varios de los fugitivos lograron alcanzar el chalán y pasar al Estado de Veracruz.

En vez de ponerse en salvo, tres Oficiales fueron á dar á Pueblo Viejo, entraron á una fonda, pidieron de comer y de beber, y se pusieron á cuestionar sobre los acontecimientos que acababan de tener lugar en Tampico.

Sabido lo que pasaba por las autoridades de Pueblo Viejo, aprehendieron á los Oficiales, los remitieron á Tampico, y en aquella misma tarde fueron fusilados en el cementerio de la ciudad.

Así terminó un motín que en el caso de haber triunfado, hubiera inundado de sangre á Tamaulipas, y acaso á parte de los Estados de Veracruz, México y San Luis Potosí.

No se puede desconocer que la parte de la guarnición que permaneció fiel al Gobierno prestó á la sociedad un servicio importante, habiéndose distinguido por su valor y actividad.

Los Jefes y Oficiales cumplieron con sus respectivos deberes, exceptuando dos, que no se presentaron donde la obligación los llamaba, sino hasta el día siguiente.

El General Junquito fué de los primeros en llegar á Casa Mata y en dar las primeras disposiciones. El Comandante D. José del Cañizo ocurrió á sacar al General Garza de la casa de Gobierno y le ayudó á salvarse: luego tomó un fusil, y con otros Oficiales sueltos, también armados, se incorporó á la columna del Coronel Garza.

El Comandante de batallón, Capitán 1º de Artillería Don Manuel Solís, se hallaba en Casa Mata, como tenía de costumbre, al estallar el movimiento.

Los demás Jefes y Oficiales, á excepción de los artilleros, que quedaron guarneciendo Casa Mata y como de reserva, marcharon con la columna.

Después de levantado el campo, las tropas volvieron á sus cuarteles; y todo quedó poco tiempo después, como si no hubiese ocurrido nada.

Después de pasados algunos días, y ya tranquila la población, el General Garza comenzó á dictar algunas medidas importantes.

Redujo la división de artilleros, refundiendo una parte en el primer batallón G. N. del Estado, esto es, al cuerpo que permaneció fiel á sus deberes, lo castigó refundiendo sus soldados en el batallón amotinado, y cuyos hombres, hechos prisioneros en la acción del 29 de Marzo, habían sido de nuevo dados de alta.

Acaso por ganar simpatías con la Guardia Nacional, mandó dar de baja en la guarnición á los Jefes y Oficiales de ella, que pertenecían á las fuerzas de la Federación, y los cuales no llegaban á una docena.

No contento con esto, dió orden de que no se les ministraran pagas por no haber fondos para el efecto.

El General Garza, al obrar de tal manera, no solamente lo hacía sin facultad alguna y arbitrariamente, sino manifestándose altamente ingrato.

Casualmente yo tenía licencia para pasar á la capital de la República, y pedí desde luego mi pasaporte.

Como no tenía recursos, ocurrí al General, y obtuve de él una orden sobre derechos de harina, por valor de trescientos pesos, por cuenta de mis alcances, que eran crecidos, porque en Tampico habíamos pasado épocas de grandísima escasez.

Enajené, pues, mi orden á un amigo comerciante que me favoreció cuanto pudo, y despidiéndome de Tampico, donde tenía tantas simpatías, me embarqué para Veracruz á bordo del Paquete Inglés.

Un mes después de mi llegada á México me dijo el Ministro de la Guerra, que lo era el General D. Ignacio Zaragoza, que el Coronel D. Rafael Garza, entonces

Comandante Militar de Tampico, le pedía que me enviara á aquel puerto, de Comandante de artillería.

Le contesté que me hallaba dispuesto á servir donde el Gobierno lo dispusiera; y en consecuencia, corrieron las órdenes necesarias.

Mucho tiempo estuve sin poder emprender mi viaje, á consecuencia de hallarse todos los caminos que salen de la capital, interceptados completamente por gavillas de reaccionarios que sacrificaban sin piedad á cuantos liberales habían á las manos.

Cuando se presentó una oportunidad, salí de la capital á las órdenes del General D. Santiago Tapia, que iba á encargarse de los mandos político y militar del Distrito del Sur de Tamaulipas.

El doce de Diciembre de 1861 llegábamos á Tampico, y el ejército español ocupaba á Veracruz, sin declaración de guerra.

¡Comenzaba la Intervención!



N O T A

En el parte que dió el General D. Rafael Junquito, Comandante de Artillería, y que está publicado en "El Prisma," de fecha 13 de Abril de 1861, se lee lo siguiente:

El señor Teniente Coronel Don Manuel Balbontín, apresado en los momentos en que se trasladaba al puesto de su deber, contribuyó con su fría é inteligente conducta á la demoralización de los cabecillas de Iturbide; y salido de allí, durante toda la *segunda parte de aquella noche*, me prestó incesantemente una eficaz cooperación.

En el mismo "Prisma" se hallan otros párrafos relativos á mi persona, y el periódico se encuentra en el legajo titulado *Motin Militar en Tampico*.—1861.

